

de prelación causal y de equivalencia cuantitativa. Se formula así: «Todo llega en función de alguna cosa», o dicho en otros términos: «Todo fenómeno es un epifenómeno».

Hiperconsciencia-hiperconsciente: Hiperconsciencia. –Subs. fem.: Estado mental, normal o patológico, caracterizado por la mayor acuidad o la más exacta simultaneidad en la percepción de los detalles de la propia actividad psíquica.

Hiperconsciente. –Adj.: Dotado de gran intensidad en la percepción de la propia actividad psíquica.

Inconsciencia: Subst. fem.: 1) Falta de consciencia; 2) Parte de la actividad del espíritu, que escapa a la luz de la consciencia psicológica.

La identificación entre «espíritu» y «consciencia» adquirió carácter apodíctico con Descartes y recibió más tarde los efectos de una verdadera revolución, al percatarse los psicólogos de la evidencia de que una gran riqueza de actividad espiritual escapaba al conocimiento de la consciencia psicológica; con lo cual resultaba ser el espíritu sólo parcialmente consciente. Esta revolución ha impuesto la palabra en todas las lenguas, en una segunda acepción que no es puramente privativa respecto de la consciencia. Pero, en general, las lenguas resisten aún al tránsito del vocablo, desde la zona de la psicología hasta la de la metafísica, preconizado sobre todo después de la filosofía de Hartmann y de su traducción a la estética y a la música por Schopenhauer, Wagner, etc. Para esta última acepción se prefiere el sustantivo «inconsciente», tomado casi como el de una entidad mítica y que lleva en castellano el artículo neutro «lo».

Inconsciente: Adj.: Que no tiene consciencia psicológica o se encuentra falto de ella.

Subst. n.: 1) La actividad espiritual cuyo contenido cae fuera del conocimiento de la consciencia psicológica. 2) Término empleado por la psicología y la metafísica moderna para designar a la realidad en función de impulso ciego, en contraste con la función de inteligencia.

Como adjetivo, la expresión «inconsciente» pertenece al lenguaje psicológico. Como sustantivo, la expresión «lo inconsciente» se emplea en psicología y en la metafísica, desde Hartmann, para aludir –y también para exaltar con criterio romántico– a la existencia y el valor de los elementos extraintelectuales de la vida y, en términos generales, de la realidad.

Inmortalidad (del alma humana): La ley de la continuidad, sin salto, contra cuya vigencia en el mundo físico cabe presentar objeciones cuyo ápice podría ser (y Eugenio d'Ors se inclina a creerlo así) la afirmación de una ley contraria de finitismo y discontinuidad, debe, al contrario, ser considerada como de esencial razón en el mundo espiritual, no ya a partir del nivel en que se encuentra el alma humana, sino de aquel en que aparece la vida. Esa continuidad, que ya puede y debe ser invocada para salvar la grieta jerárquica entre el alma humana y Dios, en beneficio de una afirmación de la existencia de ángeles y, en general, de espíritus superiores, sirve también para establecer por lo menos una presunción de parcial supervivencia en el ser humano, presunción que mueve a nuestro entendimiento a negar la posibilidad de un salto súbito de la vida total a la total muerte.

Repetimos que se trata ahí nada más que de una presunción; y quizá a la razón no se le puede, por el momento, pedir más. Pero se trata de una presunción tan grave que pertenece a aquellas en que la necesidad de aportar prueba suficiente queda a cuenta de quien niega la proposición. Así resulta invertida la actitud habitual entre quienes afirman y rechazan el hecho de la vida ultraterrena: así como hasta ahora parecía incumbir al partidario de la supervivencia la obligación de demostrarla, hoy debe ser el adversario quien se encargue de tal demostración y quien soporte su dificultad. Ahora bien: de la negación de la posibilidad del total aniquilamiento del compuesto humano en la muerte no tiene por qué pasarse al total aniquilamiento del compuesto humano en la muerte. Para ello quedan las fuerzas superiores de la creencia e inclusive las de aquellas maneras de conocimiento más amplias que la razón, pero intelectuales todavía.

Intelectualismo: Eugenio d'Ors se propone restaurar y sistematizar el intelectualismo en un sentido que no excluya el intuicionismo tan arrollador y potente desde finales del siglo XIX. El intelectualismo de Eugenio d'Ors no es un mero racionalismo, sino más bien una síntesis en que racionalismo e intuicionismo aparecen fundidos en un conjunto indestructible. Esto se puede expresar concediendo a Pascal la verdad de su famosa tesis: «El corazón tiene sus razones que la razón no conoce», pero solicitando a la vez del pensador francés la concesión de la verdad que radica en el hecho de que «la razón tiene sus sentires en que el corazón no palpita».

Intervencionismo: «Intervención» quiere decir mando sobre el destino histórico. La historia no es concebida como una inercia fatal a la que de

nada sirve oponerse, ni tampoco como una sucesión de sacudidas sísmicas, de terremotos, sino como una reforma ordenada por la mano del hombre»; es decir, «revolucionaria a la moderna». Es un modo de revolución, en consecuencia, que ya no es revolución en el sentido estricto de la palabra, y a ese modo lo llama d'Ors «Intervención». Porque «el interventor —dice— empuña las leyes y, armado con ellas, despliega enorme cantidad de fuerza. Y todo eso, ordenadamente...». Es que, en definitiva, según la doctrina dorsiana, «las leyes son Normas, pero también son Armas». Ya en 1907, *Xenius* lanzó esta consigna: «El mito de la “Evolución” para los perezosos. El mito de la “Revolución” para los noveleros. Para nosotros, “la Santa Intervención”». Se advierte aquí una doble oposición dorsiana al determinismo evolutivo y al catastrofismo revolucionario: «Ni Evolución, ni Revolución, Intervención». Esta oposición se hace en nombre del regimiento de la historia por el hombre, del primado del albedrío humano, del puro humanismo de la decisión histórica. Años después, d'Ors reemplazó el vocablo «Intervención» por el de «Misión». Aparte una mayor precisión y modernidad, esta sustitución procuró una nueva dimensión a la idea dorsiana, por el sentido religioso «misional», de predicación evangélica que encierra.

Ironía: Lo propio de la ironía, en el sentido ordinario de esta palabra, es dar a entender una cosa empleando las palabras que, lógicamente, significarían otra. Ella insinúa la objeción en la afirmación. En la filosofía de Eugenio d'Ors, este término designa el pensamiento dual o asertórico donde cada proposición participa marginalmente de su contraria.

1) *La ironía corresponde a la plasticidad del mundo.* Según d'Ors el mundo es un devenir en el que nada permanece inmutable y en el que las cosas son interdependientes. No es algo quieto y rígido, sino activo y «flexible». Las categorías cosmológicas serían dinamismo y elasticidad.

Si de ese universo móvil y fluido nuestra atención destaca un fragmento para convertirlo en objeto de su curiosidad sensorial e intelectual, ese objeto ¿acaso se torna estable y aislado? En modo alguno. Todos los objetos propuestos a nuestra consideración por determinados e individualizados que parezcan, son, en primer lugar, «borrosos» y, en segundo lugar, asumen algo de la «realidad circundante».

Los perfiles de las cosas no son nítidos, sino nebulosos. Los objetos poseen un «nimbo» o halo que los conecta y, en cierto modo, los funde con su circunstancia. Ese nimbo «forma parte y no forma

parte, a un mismo tiempo» del objeto. Es emanación propia y, simultáneamente, asimilación del ambiente —«cada cosa se nutre de la sustancia de su nimbo»—; es la negación de límites tajantes; es una zona de intercambio e indeterminación, de ser y, a la vez, no ser esto o aquello.

Pero no hay sólo frontera confusión del objeto con su ámbito o fondo; es que en el entorno del objeto está inserto también el observador, que es otra fracción del universo. Por eso, «la objetividad se combina desde el primer momento con la subjetividad»; «el objeto se vuelve inconcebible aparte del sujeto, y éste con independencia de aquél». En suma, el observador y las cosas entre sí constituyen un entramado inestable y solidario y, por eso, acontece que todos los objetos cognoscibles incorporan «realidades que son y no son ellos». ¿Cómo expresar un universo semoviente e impetuoso, en el que estamos indisolublemente integrados, cuyos objetos carecen de límites precisos y cuyas siluetas se funden con su derredor en un espacio común? Mediante juicios irónicos que capten facetas y que estén siempre abiertos a complemento y rectificación. La ironía respeta la «maleabilidad» del objeto y «templando la dureza del dogmatismo apodíctico» da «plasticidad» y «gracia» a la mente. La adecuación del intelecto a un mundo de líneas difuminadas y disueltas es la obra de la ironía.

2) *La ironía corresponde a la ambigüedad del lenguaje*

Ironizar es dar por sabido «el carácter irrecusablemente metafórico» de la palabra, la «doble» o «dualidad» de las formulaciones, y el hecho de que a «ley más laxa, más inteligente».

La polisémica equívocidad, que siempre se ha tenido por una maldición babélica, se transforma por obra y gracia de la ironía en un recurso para manifestar no ya menos, sino más de lo que se piensa, y para contar con la colaboración creadora del interlocutor potencial. La fórmula irónica no amuralla, sino que abre nuevas áreas de exploración. D'Ors más que redimir, canoniza el supuesto pecado original de las lenguas. Esta es su regla: «Sin cierto equívoco conceptual no hubiera filósofo [...]; a cierta ambigüedad en ciertos términos no podemos renunciar».

3) *La ironía corresponde a la inagotabilidad de la verdad.* Los conocimientos humanos son limitados cuantitativa y cualitativamente.

¿Cuál es la actitud filosófica adecuada a esta insuperable limitación cognitiva? No es la rebelde pretensión de obtener interpretaciones exhaustivas y globales porque eso es ir contra la naturaleza. Tampoco